

se precipitan bajo sus banderas, la avaricia conduce á ella los sacerdotes de los ídolos, el orgullo trae los sabios y la política los emperadores. Se comienza una guerra espantosa, no se perdona edad ni sexo; las plazas públicas, los caminos, aun los campos y hasta los lugares mas desiertos se cubren de instrumentos de tortura, de potros, de hogueras y cáñalsos: los juegos se mezclan con la matanza, y todos corren para divertirse viendo la agonia y la muerte de los inocentes degollados; y aquel grito bárbaro á los leones los cristianos, hace saltar de gozo á una multitud que se embriaga en la sangre. Pero es necesario que en esta multitud de holocaustos horribles que con gran prisa se ofrecen á las divinidades que pronto van á espirar, cada una tenga sus víctimas escogidas; y para esto una crueldad ingeniosa inventa contra el pudor nuevos suplicios. En fin, los verdugos se paran fatigados, se les cae el hacha de las manos; yo no sé que virtud celestial dimanada de la cruz principia á tocarles á ellos mismos, suavizando sus corazones rabiosos; y siguiendo el ejemplo de naciones enteras sabyugadas antes que ellos, caen á los pies del cristianismo, el cual en premio de su arrepentimiento les promete la inmortalidad, y ya les prodiga la esperanza. La señal sagrada de la paz y la salud, su luminoso estandarte, ondea á lo lejos sobre las ruinas del paganismo desplomado. Los césares envidiosos habian jurado su ruina, y vélos aquí sentados ya en el trono de los césares. ¿Como há logrado vencer tanto poder? Ofreciendo y presentando el pecho al acero y á las cadenas sus manos desarmadas. ¿Como ha triunfado de tanta rabia y furor? Entregándose sin resistencia á sus perseguidores.

Así los primeros asaltos que debió sostener fueron los de una violencia ciega. Dios sin duda lo quiso así, porque sabia que el valor y la constancia de los mártires eran mas propósito que ningun otro espectáculo para admirar y convencer á unos hombres domiados por los sentidos.

Por otra parte, el cristianismo que acababa de nacer no habia podido disipar todavia las nubes acumuladas sobre el entendimiento humano, ni familiarizarle con las consideraciones elevadas de una metafísica severa y de una teología puramente espiritual. Era imposible á los pueblos paganos abrazar la reunion y penetrar la profundidad de una doctrina tan superior á sus ideas habituales; por tanto no podia ser para ellos materia de un exámen ilustrado, ni de una discusion rigurosa. Era necesario que el cristianismo poco á poco rectificase y agrandase la razon del hombre; para que esta misma razon se hallase en estado de combatirlo sin deshonorarse demasiado por la inepticia de

sus sofismas. Celso, es verdad, movió cuestiones de suma importancia; se halla en los fragmentos que nos quedan de sus escritos, en medio de una multitud de opiniones absurdas y pensamientos descabiertos, el gérmen de las objeciones acerca del fundamento de la fe que ha reproducido en mas arte Rousseau. Pero la estremada superioridad de ésta, las grandes ideas sobre Dios, sobre su providencia y su justicia, sobre nuestra naturaleza, obligaciones y destino, que el autor del "Emilio" mezcló con sus errores (ideas que fueron desconocidas de los antiguos y son en un todo cristianas) hacen ver cuán inmenso es el espacio que el cristianismo ha hecho error al espíritu humano en los siglos que separan al sofista ginebrino de los primeros amigos de nuestra doctrina. Así, dificultades y soluciones, luces y oscuridad, todo está previsto y arreglado mucho antes con una sabiduría profunda; todo se desenvuelve progresivamente en la época precisa en que este descubrimiento llega á ser necesario, resultando siempre el triunfo de la verdad, triunfo mas glorioso cuanto menos pacífico.

LAMENNAIS.

(Continuará)

UN MASON ARREPENTIDO.

En el *Osservatore Romano*, fecha 14 de Noviembre, se lee lo siguiente:

"En esta semana ha muerto en el Hospital de *Fate-bene-frate*, en San Bartolomé de la Isla, un tal Valeriani, que el dia 20 de setiembre de 1870, en union de otros camaradas entró á Roma por la brecha de Porta Pia. Colaborador despues del *Tribuno*, era de todos conocido por la impiedad de sus escritos en los que vomitaba toda suerte de infames calumnias contra el Sumo Pontífice Pio IX, de blasfemias contra los Santos y muy especialmente contra Dios y la bendita Virgen Maria.

Pero en diciembre del mismo año de 1870 cayó enfermo de un grave ataque apoplético, y permaneció algunos dias abandonado, careciendo de todo socorro humano. En tanta desolacion su familia imploró la caridad cristiana y entonces algunas caritativas señoras de la Sociedad Católica, le impartieron toda clase de auxilios y buscaron por todos los medios posibles la manera mejor de aliviar su desventura. Sus dos hijas fueron colocadas en diferentes asilos, y el varon llamado Antonio, que se halla en un hospicio, ha sido provisto de todo lo que pudiera necesitar, por orden del Santo Padre, cuyos beneficios no solo se limitarán á esto, sino que se estende-

rán á lo porvenir, con tal que el niño sepa corresponderlos con su buena conducta. Por lo que hace al enfermo, á quien no quedaba la mas mínima esperanza de recobrar la salud, fué llevado al hospital, como se ha dicho antes, y allí ha permanecido hasta el dia de su muerte.

Es de notar que apenas vuelto en sí de su primer ataque se apresuró espontáneamente á reconciliarse con Dios, haciendo una pública y solemne retractacion de sus errores de *seculario*. Despues, todo su contento era hablar y discurrir sobre materias religiosas, manifestando sin ombozo y con firmeza que cuanto habia escrito fué inspirado por el odio, con solo el objeto de servir á la revolucion, pero sin conviccion alguna respecto de lo que escribia y publicaba. En el último periodo de su vida, Gaetano Valeriani, se reconcilió de nuevo con Dios; en cuyas manos entregó el alma rodeado de todos los consuelos de la religion católica y pronunciando estas palabras: *Viva Pio IX*.

He aquí los términos exactos de su retractacion que insertamos para edificacion de nuestros lectores:

"En el nombre del Señor. Amén.

1.º Yo, Gaetano Valeriani, natural de Milan, hijo de Luis Valeriani, deseando acabar mis dias en el gremio de la Iglesia en el cual ingresé de niño por la bondad de Nuestro Señor Jesucristo, cuando fui regenerado en gracia por las santas aguas del Bautismo, hoy que me hallo con la mente sana, en el uso pleno de mis potencias y sentidos, por un acto de mi libre y espontánea voluntad en vuestra presencia, Padre, y la de todos los testigos que me rodean, hago mi profesion de fé con aquellas mismas palabras, expresion y sentimientos que exige la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Creo, y especialmente confieso todo aquello que se contiene en el Simbolo de los Apóstoles; que son los siete Sacramentos instituidos por Nuestro Redentor Jesucristo, el cual como Dios infinitamente justo, premia á los buenos y castiga á los malos especialmente en la otra vida.

2.º Confieso y confieso que he sido ocasion de muchísimos y muy graves escándalos en la Iglesia de Jesucristo con mis escritos, con mi perversa enseñanza y especialmente con los libros que por medio de la imprenta he publicado, y por tanto, hoy, delante de vos ¡oh Padre! y de los testigos que me rodean, de lo íntimo de mi corazón abjuro, repruebo y condeno mis errores como altamente nocivos á los individuos, á la sociedad y á la religion católica, y suplico encarecidamente primero á mi familia y despues á todos aquellos á quienes hayan causado mis escritos y libros escándalo y daño, que á la par conmigo los reprueben, rechazen y con-